

## DIA XIII.

## MARTIROLOGIO.

SAN HIPOLITO, mártir, en Roma; el cual por haber gloriosamente confesado á Jesucristo en tiempo del emperador Valeriano, despues de otros muchos tormentos, atados los pies al cuello de caballos indómitos fué arrastrado cruelmente por zarzales y espinos, con que todo hecho pedazos entregó su espíritu. (*Véase su historia en las de hoy.*) Padebió tambien en el mismo dia SANTA CONCORDIA su nodriza; la cual azotada en su presencia con cordeles emplomados pasó al Señor; y tambien otros DIEZ Y NUEVE de su familia, á los cuales degollaron fuera de la puerta de Tivoli, y junto con él fueron sepultados en el campo Verano.

EL TRÁNSITO DE SAN CASIANO, mártir, en Imola en Italia; al cual porque no quiso adorar los ídolos lo entregó el perseguidor en poder de los muchachos, de quienes era aborrecido porque los castigaba cuando los enseñaba, dándoles facultad para que lo matasen, cuyas manos flacas hicieron su muerte tanto mas cruel quanto mas dilatada. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN CASIANO, obispo y mártir, en el imperio de Diocleciano, en Todi. (Convirtióse á la religion cristiana viendo martirizar á S. Ponciano, obispo de Todi. Consagrado despues obispo, fué mandado martirizar por un hermano suyo, procónsul de la misma ciudad.)

LAS SANTAS CENTOLA Y ELENA, mártires, en Burgos en España. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN MÁXIMO, monge, en Constantinopla, célebre por su doctrina y por el zelo con que defendió la verdad católica; el cual por haber disputado acérrimamente contra los monotelitas, el emperador Constancio, hereje, le mandó cortar las manos y la lengua, y de esta suerte lo desterró al Chersoneso, donde murió. Entonces tambien dos discípulos suyos llamados ANASTASIOS y otros muchos, padecieron diversos tormentos y crueles destierros.

SAN WIGBERTO, presbítero y confesor, en Alemania. (Era un santo monge de Inglaterra que florecia en el siglo VIII, y se trasladó á Alemania instado de S. Bonifacio, quien le nombró primer abad de los dos monasterios que erigió uno en Fritzlar y otro en Ortdford en la provincia de Hesse.)

SANTA RADEGUNDIS Ó RADEGUNDA, reina, en Poitiers, cuya vida fué resplandeciente en virtudes y milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

## SANTA RADEGUNDIS Ó RADEGUNDA, REINA DE FRANCIA.

SANTA Radegundis, mucho mas ilustre por el mérito de santa, que por el título de reina de Francia, fué hija de Bertario,

rey de Turingia, y nació al principio del sexto siglo. Estando para morir su abuelo Basin, rey de Turingia, dejó repartidos sus estados entre sus tres hijos, Baderico, Hermenfrido y Bertario. Casó Hermenfrido con Amalberga, sobrina de Teodorico, rey de los godos en Italia, princesa llena de ambicion y de crueldad, la cual deseosa de reinar sola, indujo al rey su marido á que se deshiciese de sus hermanos. Comenzó por Bertario, padre de Radegundis, á quien hizo asesinar, y declaró la guerra al otro hermano Baderico. No considerándose con bastantes fuerzas, pidió socorro á Tierri, rey de Francia en Austrasia, ofreciéndole repartir con él los estados de Turingia, si lograba despojar de ellos á Baderico. En virtud de este tratado entró Tierri con su ejército por la Turingia. Fué derrotado Baderico; pero Hermenfrido no quiso hablar de repartimiento. Ofendido Tierri de la mala fe, resolvió tomar venganza; y coligado con su hermano Clotario, rey de Soisons, entró con él por la Turingia. Fué vencido Hermenfrido, y perdió la vida con sus estados. Quedó el país á merced de los vencedores, que se volvieron á Francia cargados de despojos y de prisioneros. Entre estos fué una la tierna princesa Radegundis, sobrina de Hermenfrido, é hija del rey Bertario. Contaba solo diez años, y era de tan estremada hermosura, y de tan raro espíritu, que Clotario cedió á Tierri todo lo que le focaba en el despojo, solo con que le dejase á la princesa Radegundis. Mandóla llevar al castillo de Aties en el Vermandois, donde la hizo educar como correspondia á su condicion, dándola maestros que la enseñasen las artes y las bellas letras.

Hizo en ellas maravillosos progresos la princesa; pero donde mas se adelantó fué en la ciencia de los santos. Algunos escribieron que su primera educacion fué en el gentilismo; pero que luego que oyó hablar de los misterios de nuestra religion pidió el bautismo. Lo que no tiene duda es, que desde luego mostró Radegundis estar prevenida con las mas dulces bendiciones del Señor. La modestia añadia nuevo resplandor á la hermosura; sobresalía en todo su devocion; era su bella pasion la caridad con los pobres; sus delicias eran la oracion; y en fin parecia haber nacido con todas las virtudes cristianas. En la leccion de libros devotos aprendió muy presto todos los secretos de la perfeccion, y la gracia la inspiró el deseo de practicarlos. Desde los once años comenzó á macerar su delicado cuerpo con frecuentes ayunos y con instrumentos de penitencia. Sobre todo, la virginidad era para ella de maravilloso atractivo; y desde entonces resolvió no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo, especialmente

cuando supo que este Señor había escogido para madre suya á una purísima doncella. Cercenaba de su comida los platos mas exquisitos que la servian á la mesa, para repartirlos despues por sus mismas manos entre muchas niñas pobres que sustentaba.

Encendida en amor de Jesucristo, tenia grande envidia á los mártires por la dicha de haber derramado su sangre en defensa de la fe, y no podia disimular sus fervorosas ansias por la corona del martirio. Parece que atendió Dios á esta su vehemente inclinacion, disponiéndola dentro de su misma casa una nueva especie de persecucion, y permitiendo que sus mismos criados ejercitasen estraordinariamente su paciencia. No les gustaba aquel desprecio que hacia de las diversiones del mundo y de todo lo demás que tanto lisonjea el gusto de las princesas de su elevacion. No podian sufrir tanta modestia en el traje, tanta oracion, ni tanto amor al retiro. Molestábanla cruelmente en todas ocasiones, y á las reprensiones mas descompuestas se añadian siempre indecentes tratamientos. Rebosaba de alegría la tierna princesa viendo que se la ofrecian tantas ocasiones de padecer, y jamás se la oyó exhalar la menor queja. Pero al mismo tiempo metian mucho ruido tantas bellas prendas como la adornaban. No se hablaba de otra cosa en la corte que de la hermosura, de la virtud y del estraordinario mérito de la princesa. Movido Clotario de lo que oia, quiso ir á verla, y quedó tan prendado de ella, que resolvió tomarla por esposa, aunque era todavia muy niña.

Esta gran boda, en lugar de llenarla de gozo, la causó grande afliccion. Crecia su virtud con los años, y con la virtud crecia la estimacion y el amor á la virginidad. Mas queria ser virgen que ser reina de Francia, y así la sobresaltó mucho esta proposicion. Pero no era fácil resistir á un príncipe que se habia hecho dueño de su libertad por el derecho de las armas. Quiso huir, pero fué descubierta por los mismos confidentes de su fuga. Cogieronla, lleváronla al rey, que se casó solemnemente con ella.

Quedaron con esto desconcertadas sus ideas; pero no por eso se desconcertó su virtud. Persuadióse á que podia ser esposa de Jesucristo, al mismo tiempo que á los ojos del mundo lo fué tambien de un monarca de la tierra. No la deslumbró el resplandor de la corona: preciábase mas de cristiana que de reina, y este augusto título jamás la hizo olvidar el de humilde sierva de Dios. Enemiga de toda profanidad, nunca se mostraba mas modesta que cuando cumplia con la obligacion de parecer magnífica; y se solia decir en palacio que el único modo de hacer la corte á la reina era ser devoto.

Prosiguió con sus piadosos ejercicios, sin que se los descom-

pusiese el trono ni la elevacion. La única ventaja que hallaba en la nueva grandeza era el proporcionarla mas medios con que hacer bien á los pobres. La mayor partida del gasto era la de las limosnas. Visitaba todos los días á los pobres enfermos; dábanla mas gusto los mas asquerosos; hacíalos las camas, curábalos las heridas, y no permitia les faltase nada de lo que habian menester. En no encontrando á la reina en los hospitales, seguramente se la hallaria en la iglesia ó en su oratorio. No bastando el dia para sus devociones, empleaba regularmente en oracion una parte de la noche. Ni el rigor del invierno era bastante para resfriar su fervor. No contenta con sustentar cada dia un prodigioso número de pobres, eran pocos los religiosos que no tuviesen parte en su caridad. Fundó un hospital en el castillo de Aties, donde habia sido criada, y enriqueció muchos monasterios con preciosos dones de su liberalidad.

Lo mas admirable de la jóven y delicada princesa era el rigor con que maceraba su carne en medio de las delicias de la corte. Llevaba ordinariamente un áspero cilicio debajo de las vestiduras reales, sobre todo en los días de ceremonia. Observaba todos los ayunos de la Iglesia con rigor poco acostumbrado aun en los monasterios mas estrechos. En ellos solo comia una vez al dia, y de un solo plato. Viéndose precisada á hallarse presente á las fiestas públicas, nunca lo hacia sin algun preservativo, conociendo bien su peligro. Valiase de mil ingeniosas industrias para quitar el gusto á las diversiones mas inocentes, y para encontrar en todo materia de mortificacion.

Como amaba tanto la cruz, no podia privarse de ella por mucho tiempo. Padeciolas muy amargas, y tanto, que con razon la merecieron el título de esposa de Cristo crucificado. Al principio del matrimonio mostró el rey aprobar mucho sus devociones; tenia tan alto concepto de su virtud, que no se la pudieron hacer mudar los cortesanos, llenos del espíritu del mundo, é incomodados con tanta santidad, por mas que hicieron para desacreditar á la reina. Amábala mucho, y aunque su vida era desordenada, no podia menos de estimar tan raro mérito. Pero como la de la reina era tan pura, y se conformaba tan poco con ella la licenciosa que hacian las damas de la corte, la consideraban como una muda censura de sus desórdenes, y se las hacian intolerables tan virtuosos ejemplos. Valiéronse de las especies mas feas que pudo fingir la malignidad, y de las mas sangrientas que pudo inventar la sátira para hacer odiosa y despreciable á la virtuosa princesa. Sugerian continuamente al rey que los modales bajos, abatidos y demasadamente cristianos de Radegundis des-

lucian mucho á la majestad; que mas á propósito parecia para servir en un hospital, que para ser respetada desde el trono; y en fin, que todos le censuraban de que se habia casado con una beata mas que con una reina. Interpretaban mal sus crecidas limosnas, y pintaban como delito su escésiva caridad. Su modestia las ponía de muy mal humor, y la censuraban de que en trayéndola alguna tela preciosa, al punto la destinaba para los altares. Acusabanla, en fin, de que intentaba convertir el palacio en convento, introduciendo en él algunas devociones, que solo podian ser tolerables en los claustros. Como Clotario no era devoto, y estaba tan entregado á sus pasiones, no podia hacerse sordo por mucho tiempo á los gritos de la maledicencia. Conoció presto la santa reina que hacían impresion en el corazon y en el ánimo del rey las murmuraciones de los cortesanos, en medio de ser tan malignas como injustas. Ya no la miraba con los mismos ojos que antes, ni la trataba con el mismo respeto cariñoso; prorumpia muchas veces en quejas, y no pocas en agrias reprensiones. A la tibieza se siguió el disgusto, y tras de este luego entró el desprecio. No se puede explicar lo mucho que tuvo que sufrir la santa reina, no solo del rey sino tambien de los cortesanos; pero singularmente por parte de las damas de palacio, á quienes no gustaba tanta regularidad en la reina, y deseaban agrandar al rey mas de lo que fuera justo.

Habia conservado siempre nuestra Santa una grande inclinacion al retiro. No era, á la verdad, la corte su elemento, y suspiraba continuamente por la soledad. Como no habia tenido sucesion, la pareció que la indiferencia del rey la facilitaria el permiso para retirarse á algun monasterio; se acabó de determinar á esta resolucion por un funesto incidente que sucedió en este tiempo, y fué la muerte de un hermano suyo, á quien Clotario mandó quitar la vida para asegurarse mas de la corona de Turingia. Pidió licencia para retirarse de la corte, y la consiguió. Partió en derechura á verse con S. Medardo, obispo de Noyon, y declarándole su intento de hacerse religiosa, le pidió la echase el velo. Resistióse el Santo temiendo ofender al rey; pero la reina se metió intrépidamente en la sacristía de la iglesia, donde se hallaba; cortóse el cabello, y echóse á sí misma el velo. Presentóse despues al santo prelado, que estaba delante del altar, y con lágrimas en los ojos le suplicó que no la dilatase el consuelo de consagrarla al servicio de Jesucristo, el cual la habia hecho la gran merced de escógerla para esposa suya. Prendado el Santo de aquella resolucion, la consagró á Dios como la Santa lo deseaba, y aun la hizo diaconisa. Luego

que Radegundis recibió el hábito monacal, pasó á visitar el sepulcro de S. Martin, á quien profesaba mucha devocion; de Tours se encaminó á Canda, donde el Santo habia muerto, y desde allí se retiró á Sais, tierra que el rey la habia cedido. En Sais tuvo noticia de que Clotario pensaba volverla á llamar; acudió á Dios con fervorosas oraciones y con rigurosas penitencias, por cuyo medio se conjuró aquella tempestad. Desde Sais pasó á Chinon para encomendarse en las oraciones de cierto santo solitario y recluso, llamado Juan, y despues se fué á establecer en Poitiers, donde fijó su habitacion. Fundó con licencia del rey, y con beneplácito de S. Pienzo, obispo de Poitiers, el monasterio de Santa Cruz, que es hoy uno de los mas célebres de todo el reino. A la fama de nuestra Santa acudieron muchas doncellas de todas partes. Valióse de la autoridad de reina y del título de fundadora para escluirse para siempre de toda especie de superioridad. Hizo nombrar por abadesa á una doncella, llamada Inés, que habia sido dama suya; púsose debajo de su direccion, y olvidada de haber sido reina de Francia, no admitió otro título que el de humilde sierva de las esposas de Jesucristo.

Por muerte de Childeberto, hermano de Clotario, se reunió en éste todo el poder de la monarquía francesa; y volviendo á encenderse en su corazon el amor que habia profesado á Radegundis, arrepentido de haber consentido en su retiro, determinó volverla al trono y á la corte. Con este intento fingió tener devocion de pasar á Tours á visitar el sepulcro de S. Martin, para dejarse despues caer en Poitiers, y apoderarse de la santa reina. Noticiosa de todo nuestra Santa, acudió á sus ordinarias defensas, la oracion, el ayuno y las penitencias, para conseguir de Dios que mudase el ánimo de Clotario. Alcanzólo, y S. German, obispo de París, que acompañaba al rey, le hizo mudar de resolucion. Pasó á Poitiers el santo prelado, bendijo á la abadesa, y aseguró á Radegundis que ya no la volveria á inquietar el rey acerca del estado que habia abrazado.

Tranquila ya en su retiro, no puso limites á su fervor. Desprendióse de todo cuanto habia poseído, sin reservarse cosa alguna. Sus penitencias espantaban á las mas robustas; traía un cilicio que parecia erizo con puntas de hierro; prohibióse para siempre el uso del vino, sin embargo de ser permitido á las monjas; su ayuno era casi continuo; su alimento ordinario un poco de pan de centeno, y aun de este se privaba los dias de ayuno, sustentándose entonces de raices crudas; su cama era una estera estendida sobre unas tablas, y su sueño nunca pasaba de dos horas. No pareciéndola bastante el cilicio para macerar su

cuerpo, se apretaba fuertemente á la cintura una cadenilla sembrada de puntas de alambre, que hinchada la carne, se metian dentro de ella, y fué menester hacerla una dolorosa incision para arrancársela.

Su insaciable deseo de mortificarse crecia al paso que su amor á Cristo crucificado. No podia ver la imagen de un Crucifijo sin llenarse de una santa envidia de los mártires, con deseo de padecer todos los tormentos que ellos padecieron; ni hubo jamás alma mas ingeniosa en discurrir arbitrios para afligirse y para macerarse. Despues de haber no solo embotado, sino como deshecho en su cuerpo todos los instrumentos de mortificacion, se la ofreció tostar sus delicadas carnes, aplicándose á ellas una cruz de hierro encendido, y una plancha de cobre penetrada del fuego. El célebre Venancio Fortunato, que conoció á la Santa, y la da tan magníficos elogios, asegura que sus penitencias eran otros tantos milagros.

Es verdad que la suavizaban mucho haciéndola gustar dulzuras inefabables los celestiales consuelos que derramaba Dios abundantemente sobre su purísima alma en las íntimas comunicaciones que tenia con su Majestad. Correspondia su humildad á todas las demás virtudes. No permitia que otra barriese la casa, y no solo era enfermera de sus hermanas, sino que parecia criada de las enfermas. A ningun oficio bajo y humilde se negaba, y solo en los ejercicios mas abatidos y mas viles mostraba no sé qué aire de majestad y de reina.

Con el ansia de que floreciese mas y mas la vida religiosa en su comunidad, emprendió el viaje de Arlés, para recibir de mano de su arzobispo S. Cesareo la regla que acababa de establecer en el monasterio de su hermana Sta. Cesarea. Introdújola en su comunidad de Poitiers, la que enriqueció tambien con muchas reliquias, singularmente con un buen pedazo de la misma cruz del Salvador, con que la regaló Justino, emperador de Constantinopla.

Ya habia mucho tiempo que las grandes penitencias de nuestra Santa tenian quebrantada su salud, cuando el Señor quiso en fin premiar una vida tan pura y tan penitente. Apareciósela visiblemente Jesucristo estando en oracion, y colmándola de aquellas dulzuras inefabables, que son como una prueba ó un destello de los gozos de la gloria, la dió á entender que estaba muy cercana su muerte. Por la estraordinaria alegría que mostraba en su semblante se conoció la que dilataba su corazon; y aunque la enfermedad que la sobrevino parecia ligera, desde luego se temió todo lo que se podia temer. Solamente la enferma estaba tranqui-



S. HIPOLITO, M.

la; hizo que la administrasen los Sacramentos, que recibió con aquella devoción propia de las almas extraordinariamente santas. No apartó mas los ojos de un devoto Crucifijo, y todas sus palabras mostraban su ardiente amor al divino Esposo crucificado. En fin, el día 13 de agosto del año 587, entre las lágrimas y los gemidos de sus queridas hijas, aquella alma inocente fué á recibir en el cielo el digno premio de sus ilustres virtudes, siendo de edad de sesenta y seis años, á los cuarenta de su vida monástica.

Luego que tuvo noticia de su muerte S. Gregorio, obispo de Tours, que la trató muy particularmente, y dejó escrita la mayor parte de su vida, pasó á Poitiers, y en ausencia de Morovio, obispo de aquella ciudad, cuidó de los funerales. Fué enterrada con grande solemnidad en la iglesia de nuestra Señora, que ella misma habia hecho edificar para entierro de sus religiosas; y asegura el mismo S. Gregorio Turonense que la halló en el féretro con un semblante tan hermoso y tan resplandeciente, que parecia estar viva; y añade, que doscientas religiosas, que componian entonces aquella ilustre comunidad, rodeaban el santo cuerpo, y acompañaban con un torrente de lágrimas los funerales que la hacian. Por los milagros que obró en vida, y por los que se obraron sin cesar en su sepultura, fué muy presto honrada con el culto de los Santos. Una persona de distincion que habia recobrado la vista por intercesion de la Santa hizo edificar una iglesia dedicada á su nombre en memoria de su reconocimiento. Sus santas reliquias se salvaron del pillaje de los normandos; pero no se pudieron librar del furor ni de la impiedad de los hugonotes, que las quemaron con todas las demás el año de 1562.

## SAN HIPÓLITO, MÁRTIR.

**S**AN Hipólito, cuya memoria ha sido célebre en España desde los primeros siglos de nuestra era, fué uno de los principales oficiales del emperador Valeriano, á quien encargó la custodia de S. Lorenzo, luego que mandó ponerle en prision por haberse resistido á sacrificar á los idolos. Tenia Hipólito, aunque gentil, nobilísimos sentimientos, fácil por lo mismo de que en su alma hiciesen impresion las palabras del ilustre mártir, dirigidas á que conociese la verdadera religion. Los muchos milagros que obró el Santo todo el tiempo que estuvo en la cárcel acabaron de perfeccionar la conversion de Hipólito, que desengañado enteramente con las instrucciones de Lorenzo de los necios delirios de

las paganas supersticiones, abrazó la fe de Jesucristo con toda su familia; recibió el sacramento del Bautismo, y con él aquel valor y aquella constancia que forman los héroes del cristianismo, deseando ya con vivas ansias ocasion en que dar al mundo públicas pruebas de la firmeza de su fe. No tardó mucho tiempo en acreditarlo así, pues habiendo presenciado el martirio de S. Lorenzo, fué tan eficaz el deseo que concibió su corazón de acompañarle en el triunfo, que á no haber contenido el Santo su generosa resolución con la prevención de no ser tiempo, hubiera declarado en aquel acto su heroicidad.

Supo Valeriano que había dado Hipólito sepultura al venerable cuerpo del ilustre mártir español; y resentido que un oficial suyo hubiese prestado aquel obsequio, mandó arrestarlo, y que le condujesen á su presencia. Reconvinóle en ella sobre la criminalidad del hecho, impropio del carácter de los romanos que tributaban culto á los dioses del imperio; y aun se escedió en la dura represión en tratarle de nigromántico. Negó la impostura Hipólito, pero contestó el oficio de piedad propio de los cristianos, confesando lo era con toda su familia, desengañada de los crasos errores del gentilismo, en que habían estado imbuidos hasta allí, por la ilustración de S. Lorenzo, á quien protestaba eran deudores de un tan importante conocimiento, interesante nada menos que de la salvación de sus almas.

No es fácil explicar la ira que concibió Valeriano al oír tan inesperada satisfacción; mandó despojarle del hábito militar, hundirle la boca á fuerza de recios golpes de piedra, y añadió, que estendido desnudo en el suelo le azotasen los verdugos como el más indigno esclavo. Ejecutóse así con la mayor crueldad; pero viendo que á imitación de su maestro le servía de delicioso recreo aquella clase de castigo, ciego de cólera ordenó que rasgasen sus carnes con garfios de hierro hasta que apareciesen los huesos. Sufrió el insigne mártir con la misma alegría esta inhumanidad que los tormentos antecedentes, dando á conocer á todos los asistentes el lastimoso espectáculo que en él obraba alguna virtud oculta sobrenatural; de suerte que persuadiéndose el tirano no poderle rendir por estos medios, recurrió á otros arbitrios de honor.

Con esta idea, mandó levantar del suelo á Hipólito, y vestirle de nuevo con el hábito militar que usó siendo gentil, y le prometió los primeros empleos del imperio en el caso de que desistiendo de su pertinacia sacrificase á los dioses romanos, como lo había hecho antes que le pervirtiese Lorenzo. Pero despreciando el ilustre mártir las ventajosas ofertas, le respondió, que todo

el honor y toda la gloria á que aspiraba en el mundo no era otra que la de acreditar en él el carácter de un verdadero militar de Jesucristo en defensa de la santa religion, para lograr los premios eternos que tiene prometidos el Señor á los que confiesen su santo nombre á presencia de sus enemigos.

Desesperado el emperador de poder reducir á Hipólito, providenció se le confiscasen todos sus bienes, y que á su presencia degollasen á su familia los verdugos, con el fin de intimidar al ilustre mártir; pero fué tan al contrario, que desentendiéndose de los sentimientos naturales de la carne y sangre, animaba á todos y á cada uno de sus domésticos á que sufriesen con fortaleza y valor aquel momentáneo suplicio, bajo la seguridad de la gloria eterna esperada por los confesores de Jesucristo; cuya heroica acción fué causa para que mas encendido en cólera Valeriano mandase amarrarle á las colas de unos caballos indómitos, á fin de que le arrastrasen por los campos, logrando en la ejecución de este bárbaro castigo la apetecida corona del martirio en el 13 de agosto del año 258. Recogido el cuerpo de Hipólito con los de otros mártires de noche por un presbítero, llamado Justo, le dió sepultura en el predio de cierta matrona dicha Ciriaca, en el campo Verano, donde los fieles le tributaron el honor y veneración correspondiente.

#### SAN CASIANO, MÁRTIR.

EN este día se hace también conmemoración de S. Casiano, uno de los ilustres mártires de los primeros siglos; de quien nos dicen los escritores de sus actas, que encendido su corazón en vivos deseos de dilatar el reino de Jesucristo, se dedicó en Imola, ciudad de Italia, en la provincia de Romanía, al empleo de maestro de niños, con el objeto de enseñarles desde sus más tiernos años con las letras la doctrina cristiana y laudables costumbres. Supo el juez de Imola los designios de Casiano, en tiempo que suscitaban los emperadores romanos una de sus más sangrientas persecuciones contra la Iglesia, bien fuese por aquel tiempo Juliano apóstata, ó Diocleciano, en lo que se discordan los autores; y habiendo arrestado al ilustre confesor de Jesucristo, solicitó por cuantos medios le fueron posibles reducirle á que sacrificase á los ídolos; pero viendo ineficaces todos sus esfuerzos, discurrió el diabólico arbitrio de juntar á todos los niños de la escuela, y persuadiéndoles que su maestro era un hombre sacrilego, enemigo capital de sus dioses, les incitó y dió libertad para que le quitasen la vida. Provocados los inocentes del

juez y de sus padres gentiles por una parte, y por otra resentidos de los justos castigos que sufrieron en la escuela, descargaron sobre su maestro un inmenso número de golpes con las cartillas y otros instrumentos pueriles. En vez de sentir Casiano aquellos insultos de sus discípulos, les animaba á que le golpearan con mayor brio, por el grande deseo que tenia de disolverse cuanto antes de los vinculos carnales para unirse con Jesucristo; cuya dicha logró por aquel género de martirio; tanto mas penoso, quanto mas dilatado por la debilidad de los instrumentos y pocas fuerzas de los ejecutores. Dieron los fieles á su venerable cuerpo sepultura en Imola, donde es y ha sido célebre su memoria y magnifico su culto en la iglesia erigida en honor suyo, de la que se trasladaron parte de sus reliquias al real monasterio del Escorial.

#### SANTA CENTOLA Y ELENA, MÁRTIRES.

**A**DMIRABLE Dios en sus Santos, quiso manifestarse así en Centola, una de las ilustres vírgenes que florecieron en España en los primeros siglos de la Iglesia, haciendo que desmintiese el vicio de su origen con sus piadosas inclinaciones. Nació Centola, segun nos dicen varios escritores, en la ciudad de Toledo de padres distinguidísimos, pero con la desgracia de ser infieles, entre los cuales brilló como la rosa hermosa entre las punzantes espinas. Habíala dotado Dios con un entendimiento sólido, y con una comprension demasíadamente penetrativa para vivir satisfecha de las ridiculeces del gentilismo; pero aunque el entendimiento guiado de lo que dicta la razon natural, bastaba para descubrir los enormes absurdos de la idolatria, con todo como la conversion del corazon humano es obra de la divina gracia, comenzó ésta á iluminar insensiblemente el espíritu de Centola, y á correr el velo de la ridiculez de aquellas divinidades quiméricas que engañaban miserablemente al pueblo: conoció al resplador de esta divina luz la verdad y la santidad de la religion cristiana, y la abrazó con firme resolucion de no separarse de ella aunque fuese necesario perder la vida.

Advirtió el padre de Centola por la justificacion de su conducta, que seguia distinta religion que la que él profesaba, y sintiendo este rumbo enteramente opuesto al que todos sus ascendientes habian tenido, formó el mas obstinado empeño en que practicase todas las supersticiones paganas. Resistióse la ilustre virgen á los fuertes combates de su padre, sin que las caricias, los halagos, ni las mas terribles amenazas pudiesen separarla de Jesucristo,

cuyo amor se habia apoderado de su corazon enteramente; pero como era tan cruel y tan continua la persecucion del padre, determinó ausentarse de su patria, para huir de un enemigo doméstico que apenas la dejaba respirar. Salió de Toledo con el mayor secreto, dejándose conducir de la divina Providencia que la guiaba, y llegó á un pueblo de la provincia de Cantabria, llamado antiguamente Soris, y hoy Siero, perteneciente al arzobispado de Burgos, donde se hospedó en casa de una noble señora llamada Elena, cristiana de profesion. Recibió ésta á Centola con aquella caridad que se hospedaban recíprocamente los primitivos fieles, y comunicándose ambas sus piadosos sentimientos, unidas con el mas estrecho vínculo de una verdadera amistad, se ocupaban en santas obras, siendo el ejemplo de todo el pueblo por la justificacion de sus costumbres.

Movieron por entonces los emperadores Diocleciano y Maximiano aquella tan cruel persecucion que padeció la Iglesia bajo el dominio de estos supersticiosos príncipes, persuadidos á que la subsistencia de su imperio dependia en destruir la religion del Crucificado; á cuyo fin enviaron ministros verdaderamente impios por todas las provincias del imperio romano. Cupo á la de Cantabria por gobernador uno de aquellos bárbaros, á quien dan algunos el nombre de Eglisio, encaprichado como el que mas en sostener á toda costa las supersticiones idólatras, para lo cual no habia tormento alguno de los que usaba la ciega gentilidad, de que no se valiese, á fin de obligar á los cristianos á que sacrificasen á sus dioses. Supo éste que Centola, no contenta con profesar la religion de Jesucristo, convertia á no pocos infieles con sus zelosas y con sus sabias instrucciones, desengañándolos de los crasos errores en que vivian sumergidos, tributando el culto debido al Criador á unas estatuas vanas bajo el velo de deidades quiméricas; y como el encargo principal de su oficio era proceder contra los cristianos, hizo traer á su tribunal á la ilustre virgen, la que presentándose con un semblante majestuoso, y con una modestia verdaderamente cristiana, no pudo menos de causar respeto al gobernador. Quiso éste obligarla con ventajosos prometiimientos y con espantosas conminaciones á que sacrificase á los dioses romanos; pero el horror que causó á Centola la impiedad á que solicitaba precisarla, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló la furia y la crueldad del tirano en términos, que dió orden á los verdugos para que empleasen en la insigne virgen los tormentos mas crueles, á fin de vengar el desprecio hecho á los dioses.

Tendieron á Centola sobre la catasta ó potro, y comenzaron á